



## VISITA XXI

### **Segunda endología.**

I. Dios mío, tráeme en pos de ti; separa este mi corazón de las criaturas, y elévale á ti, que en todas las cosas y sobre todas ellas permaneces. Que calle para mí el estrépito de las cosas transeuntes; que desaparezcan las formas y vanas imágenes que forma la inestabilidad del pensamiento; que traspase mi alma todas las cosas sensibles, y fije dulcemente los ojos de la fe en ti, su amabilísimo Criador, presente en todas partes. Concédeme, Señor, que sólo en ti descanse, y en ti sólo me deleite, y sólo en ti busque siempre mi consuelo.

II. ¿Cuándo, dulcísimo Jesús mío, te dignarás traspasar mis entrañas con el dardo encendido de tu amor, hiriendo lo más hondo de mi pecho con la ardiente caridad, y clavando tus agudas saetas en mi espíritu, para que, llagado por ti, dichosamente enferme y en tus brazos desfallezca, y para gloria de tu nombre contigo íntimamente me una? ¡Ah Señor! Que descienda á mi pobre corazón tu olor suavísimo; que venga á mí la inenarrable fragancia de tu amor, que despierte en mí unos deseos inmensos é insaciables.

III. ¡Oh Jesús benignísimo! Dame unagrande y cordial contrición, y una fuente de lágrimas para agradarte; haz que, al ponerme con grande reverencia en tu presencia, á ti tenga en mi corazón, á ti en mi boca, y á ti constantemente á mi vista, para que no quede en mí ningún lugar abierto á desleales amores; haz,

Dios mío, que lleno yo todo de la dulzura de la santa caridad, y encendido todo en la llama de tu amor, pueda quererte con toda mi alma y con los más íntimos afectos de mi ruin corazón.

IV. Jesús mío, yo te amo, y cada vez deseo más y más amarte: ¿cuándo me concederás el que por la virtud de tu amor sacuda el peso de todos los terrenos deseos, y comience á correr en pos de ti tras de tus preciosos unguentos? ¿Cuándo escribirás en las tablas de mi corazón tu sagrada memoria, para no volver á pensar ya nada carnal y nada indigno, sino ocuparme sólo en buscarte, y en conservar dentro de mi alma la dulce presencia de tu gracia?

V. ¡Oh fuente de misericordia que sin cesar estás manando! Ven y comunícate á mi alma sedienta, porque yo te deseo con todo mi corazón,

y aspiro á ti con toda la intención de mi mente. Dame, Señor, un amor hacia ti, casto, fuerte y estable, que todo me llene, y me mude en ti todo, y te sea de esta manera un perpetuo holocausto, un olor de suavidad.

VI. ¡Oh Pastor eterno! Apacienta á éste tu hambriento mendigo, ilumina la ceguedad de mi mente con la inmortal claridad de tu presencia, y enciende mi helado corazón con el fuego de tu divino amor. Que la melíflua violencia de la santa caridad me absorba todo, y que la llama de la casta dilección purifique mi interior, y lo penetre, y lo arrebatte, para que á ti, Señor, sólo pretenda, á ti sólo desee, y á ti sólo inseparablemente me estreche.

VII. ¡Con toda mi alma te invooco yo, dulzura mía! ¡Con todo el afecto de mi corazón te llamo, salud mía! Entra, penetra en lo más íntimo de

mis entrañas; junta á ti el alma mía, para que sin mancha la poseas, porque muy pura habitación se debe en verdad á un Señor que es todo santidad y todo pureza. Concédeme, Dios mío, que con tu ardiente amor, todo me encienda y todo de mí desfallezca; que á ti sólo sienta, á ti sólo sepa, en ti sólo me alegre, y en ti sólo descanse eternamente. Amén.



## VISITA XXIV

**Tercera endología.**

I. ¡Dios y Señor mío! ¿Cuándo te dignarás santificar este mi corazón que tú has formado, y arrojando fuera toda su malicia, llenarlo con tu gracia, y lleno siempre, conservarlo para que pueda ser un digno templo donde tú mores? ¡Ah, Señor y cuánto más dulce eres tú que la miel, cuánto más sereno que el sol, y más suave que el néctar, y más precioso que el oro y los diamantes! ¡Que tú sólo, amor mío, agrades á mi alma; sobre todo, que á ti sólo busque con sus deseos más encendidos!

II. ¡Oh alegre serenidad y sere-

na alegría! ¡Oh luz gratisima que iluminas á todo hombre que viene á este mundo! Disipa, Señor, las tinieblas de mi alma. Ilumínala con tus rayos, para que á ti y á sí se mire, y á ti muy más que á sí ame y aprecie. Amete yo, dulce Jesús, sobre el cielo y la tierra, y sobre todo cuanto en el cielo y en la tierra se contiene, para que tú seas todo mi anhelo, y todo el deseo de mi corazón. Con gozo y gratitud medite mi alma en ti durante el día, en el sueño te sienta por la noche, y en todo tiempo contigo dulcemente converse.

III. ¡Oh Dios mío y dulcísimo dueño de mi alma, mira que estoy cansado! Sé tú mi descanso; mira que desfallezco, fortaléceme; mira que de hambre me muero, aliméntame; mira que estoy disipado, recógeme; oye cómo te toco, ábreme, y tiende la mano de tu misericordia á este pobrecillo, y mándale que á ti venga, y

que contigo siempre permanezca. Que mi alma se olvide enteramente de sí, amado mío, y que en lo próspero y lo adverso, inmovilmente unida á ti, arroje lejos de sí todo extraño consuelo.

IV. ¡Oh luz que siempre luces y nunca te ofuscas, ilumíname! ¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te apagas, enciéndeme! ¡Oh amor que siempre hieres y nunca te entibias, absórbeme y trasfórmame en ti! Haz que yo aspire á ti incesantemente con todo el corazón y con pleno deseo, y que en ti de amor suavísimo respire!

¡Alégra, pues, á mi alma, gozo mío! ¡Entra dentro de mi alma, dulzura soberana, para que dulcemente te saboree! Entra en ella ¡oh amor! para que á ti sólo sienta, y en ti y contigo sólo encuentre sus delicias.

V. ¡Cuán afligido me hallo, Señor y Dios mío! ¡Cuán afligido me

hallo! ¿No te dignarás concederme algún consuelo? Sí, vida mía: basta para ello que infundas en mi pecho el suave bálsamo de tu santo amor, que su inefable virtud y eficacia penetre hasta lo íntimo de mis entrañas, y dulcemente las arrebatará hacia ti.

Oye, Señor: la triste peregrinación de esta vida me cansa ya, y las penalidades del siglo presente me llenan de fatiga: ¿no me concederás que cobre nuevas fuerzas, y que, en alas de una sincera contemplación, vuele mi alma al lugar donde habita tu gloria? Sí, sí, bien mío; y allí seré dichoso, y allí descansaré plácidamente, bajo la dulce sombra de tus alas, del bullicio de los terrenos cuidados y del loco tumulto de las criaturas.

VI. ¡Oh amor verdadero y amada verdad! ¡Oh, Dios eterno! Yo deseo unirme á ti, á ti tiendo, á ti anhelando,

á ti suspiro, á ti busco, á ti abrazar deseo: en ti sólo quiero tener paz y consuelo. Yo deseo dejar todas las cosas que no son tú, de tal manera, como si mi alma, separada ya del cuerpo, estuviese delante de ti, gozando con perfección de la amable presencia de su rostro.

VII. Hierre, Señor mío, hierre lo más profundo de mi pecho con el dardo encendido de tu amor, y abrasa con tus llamas saludables las entrañas de mi alma entorpecida. Escribe con tu dedo en mi pobre corazón tu dulce y santa memoria, de modo que el olvido jamás pueda borrarla, para que á ti ambicione, á ti siga, á ti encuentre, y en ti continuamente me goce y me deleite. Amén.





## VISITA XXV

### Cuarta endología.

I. ¿Cuándo amanecerás para mi corazón, luz de mis ojos? ¿Cuándo te darás á mi alma ¡oh vida mía! delicia mía, apetecido consuelo, dulce descanso, gloria mía, honor mío y único objeto de mis ansias? ¡Que yo te tenga ¡oh amado de mis entrañas! que yo te abrace ¡oh celestial Esposo! que yo te sienta, sumo gozo mío, por dentro y por fuera; que yo te posea, ¡oh bienaventuranza eterna! que en medio de mi corazón te goce siempre, ¡oh vida interminable!

II. ¡Ámete yo, Señor, fortaleza mía; ámete yo, Dios mío, refugio mío y libertador mío; estrécheme yo

á ti, ¡oh suave esperanza mía! en todas mis tribulaciones; abráceme yo á ti ¡oh eterno bien, sin el cual no hay bien alguno! Abre lo más secreto de mis oídos ¡oh palabra más penetrante que una espada de dos filos! para que oiga tu voz por dentro de mí, y, oyéndola, en ti viva y contigo sólo goce.

III. Dulce Jesús, ven y visita á este pobre desamparado; consuela mi tristeza; muestra á este desdichado las entrañas de tu misericordia. Dame una gracia que, crucificándome al mundo, me liquide en tu amor eternamente. Hiere mis ¡ojos oh luz incomprendible! hiérelos con la claridad de tus rayos, para que no vean ya la vanidad. Deslúmbralos con el suave fulgor de tu Divinidad, y haz que con interiores lágrimas te busque noche y día.

IV. Señor y Dios mío, dame una

vista que en todas partes mire la amabilidad de tu semblante; concéde-me un oído que escuche á cada instante la dulzura de tu voz; crea en mí un olfato que perciba gustosamente el olor de tus ungüentos; sana mi paladar para que perciba la abundancia de tu suavidad. Dame, Señor, un corazón que te tema, una memoria que te recuerde, y una voluntad que indisolublemente se estreche contigo ¡oh único bien de mi alma! ¡Que tú sólo poseas todo mi espíritu, y que en ti sólo encuentre su descanso!

V. ¡Oh vida para quien todo vive! ¡Vida por quien yo vivo, y sin la cual muero! ¡Vida por quien me alegro, y sin la cual me aflijo! ¡Oh vida dulce, amable y deliciosa! ¿Dónde te encontraré, querido Jesús mío, para que, desfalleciendo en mí, ya sólo en ti subsista? Sí; á ti busco tan sólo, dueño mío, á ti suspiro, por deseo de ti enfermo; ven á mí, te lo ruego,

porque sin ti nada soy, y sólo hallo mi ruina. Ablanda, Señor, mi corazón con tu unción poderosa, y haz que sea yo en todo tiempo una hostia viva, que arda delante de ti continuamente en las suaves llamas de tu amor.

VI. ¡Que la fuerza de tu amor arranque, Señor, mi mente de todas las cosas que existen bajo el cielo; que una caridad tan perfecta me abra-se, que las muchas aguas no pueden apagarla; que, olvidado del todo de las cosas pasajeras, la grandeza de tu amor me haga no dolerme por ellas, ni con ellas gozarme, sino en ti sólo hallar firmeza y descanso!

VII. ¡Quién me diera Señor, que mis malas inclinaciones decayesen, y que muriesen mis carnales pasiones, para que vivas dentro de mí tú solo, y en lo más escondido de mis entrañas ardan siempre como encen-

didas brasas los más santos deseos!  
 ¡Hiere, Rey mío, hiere á esta mi  
 alma pecadora con el agudo dardo del  
 perfecto amor; traspasa mi interior  
 con las saetas de una caridad arden-  
 tísima, para que por ti felizmente  
 vencido, me ponga á punto de expi-  
 rar en tus brazos. Ea, pues, profundí-  
 simo abismo de inestimables deleites,  
 arrebatá mi espíritu, atráelo todo en-  
 tero, y absórbelo en ti para siempre.  
 Amén.



## VISITA XXVI

**Quinta endología.**

I. Recíbeme, dulce Jesús, yo te lo ruego, en los suavísimos abrazos de tu amor, con los cuales, excitado mi helado y entorpecido espíritu, se llene de un ardor celestial. Abre, Señor, tus puertas á mi alma huérfana que á ellas llama, y dignate admitirla en el delicado aposento de tu divino Corazón. ¡Oh amado mío! ¡Y cómo te deseo! ¡Y cuánto anhelo por ti! ¿Cuándo te introducirás dentro de mí para que yo sea sólo tuyo, y tú seas para siempre todo mío?

Dignate ¡oh fuente de miel regaladísima! dignate sacar de ti una agua viva que, gustada, de ninguna otra vuelva jamás á tener sed; llueve



sobre mí el rocío de la celestial sabiduría, para que de él íntimamente penetrado, me conserve siempre puro de las codicias terrenales.

II. ¡Oh Dios mío benignísimo! Dígnate bendecir á este probrecillo é infeliz desterrado de ti; enciende tu ardiente amor en mis entrañas, para que con perfección yo te ame, y nada desee fuera de ti. Escóndeme ¡oh amor de todos mis amores! escúdame dentro de la espléndida, amena y odorífera habitación de tu costado, para que allí felizmente adormecido, restaure mis fuerzas con el sueño de la meliflua caridad. Todo me ofrezco á ti, y á ti me entrego; recíbeme, y toma posesión de mí todo ¡oh dulce solaz de mi alma! De tal manera úname y pégame contigo, que nunca de ti pueda separarme; de tal modo entrégate y comunícate á mí, que ahora y siempre sean en el Espíritu Santo mis delicias en tu dulce presencia.

III. ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo llegará el feliz y venturoso día en que á mi, aunque indigno y vilísimo pecador, te dignes abrirme el aposento de tu amor y el sagrario de tu suavísimo Corazón? Mi alma, Señor, no ansia otra cosa que estrecharse contigo con los vínculos de un amor eficaz.

Y pues que estos deseos de amarte nunca estarían en mí, si tú no los encendieras, haz que lo que por ti deseo, por tí lo obtenga. ¡Oh Dios mío, sereno día de la primavera! De tí tengo yo sed, á tí suspiro, y por tu amor enfermo y desfallezco. Atráeme más cerca de tí, sol rutilante, para que al calor de tus rayos brote la tierra de mi corazón las flores de la santa caridad. Enciende en mí la antorcha de tu amor; infunde en mi pecho la dulzura de tu santa paz, y de tal modo modélame en todo por la gracia, que pueda ser en adelante un digno objeto de tus complacencias.

IV. Vísteme ¡oh divino Jesús mío! con la púrpura radiante de tu preciosa sangre; ciñeme con la refulgente corona de tu venerable muerte, y recíbeme benigno en el tálamo fragante de tu amor. Quitá, Señor, de mí cuanto en mí te desagrade; haz conforme á tu dulce Corazón, á este mío tan malo, tan vano y tan manchado; dame limpieza en mis afectos y pureza en mi mente. Abrázame, dueño mío, con los brazos de tu amor, para que, liquidada mi alma por virtud de la ardiente dilección, rebose toda en celestiales delicias. ¡Ah, Señor! ¡Cuán fuertemente arrebatan lo más íntimo de mi alma tu dulzura y tu piedad, tu belleza y tu hermosura!

Mas ¿cómo podré subir á ti, si tú á mí primero no descienes? Inclínate tú, pues ¡oh fuente de misericordia! hasta el valle de mi miseria, para que pueda amarte yo con toda mi alma, y con todo mi corazón, y con todas mis fuerzas.

V. Levántate ¡oh Jesús! honor mío, gozo mío, delicia mía sincera; levántate y enciende en mi pobre corazón una llama de amor tan encendida, que ya nada quiera, ni desee, ni solicite en la tierra sino á ti, y que el cielo y la tierra, y todo cuanto en ellos se contiene, no sean para mí sino los tristes despojos del helado invierno.

¡Oh lindísima flor! ¡Oh amado Jesús mío! ¿Cuándo hermosearás mi alma con aquellas alhajas de amor que tanto te agradan? ¿Cuándo la saciarás con aquella hartura de amor que tanto te contenta? ¿Cuándo de tal manera la desbistarás y pulirás con tu gracia, que ninguna basura de la tierra se la apague? Caigan en mí, Señor, las canales de tus bendiciones que, regando el huerto seco de mi alma, la dejen limpia de las inmundicias del pecado, y la hagan producir en todo tiempo frutos agradables de virtud y santidad.

VI. ¡Oh dulcísima luz de mi alma, ilumíname para que se truequen en mediodía clarísimo las tinieblas de mi ceguedad! Permíteme descansar bajo la suave sombra de tu caridad; déjame dormirme en el seno de tu amor, y allí olvidarme enteramente de todas las cosas de la tierra. Porque ¿qué cosa puede haber para mí más agradable, qué cosa más provechosa, qué cosa más dulce que amarte, vida mía? Acércame, pues, á tu divino Corazón, y sumérgeme en el goce de primaverales amenidades. ¡Oh fuego suavísimo, Dios mío! Acaba ya de devorar y consumir el pequeño polvo de mi ser; traslada á ti mi corazón, para que, unido contigo con un vínculo indisoluble, sólo viva ya para ti, y como lirio cándido para ti florezca.

VII. ¡Oh mar de toda dulzura! Déjame echarme sobre las aguas de tu clemencia; abre las cataratas del

grande abismo, y vengan sobre mí las olas de tu misericordia; sumérgeme en el diluvio de tu amor vivo, y absórbeme en las profundidades de la santa caridad. Echa, Señor, por tierra el muro odioso de mi mala y tibia conversación, y concédeme que, de hoy en adelante, te ame y te sirva con un fervor inextinguible. Sople, Dios mío, el austro de tu ardiente amor sobre mí, y tan fuertemente me impele hacia á ti, que como trasladado de mí mismo, y en mí muerto, no tenga ya vida ni aliento sino en ti.

Imprime en mí, amor mío, el ósculo de tu propiación, para que, sellada con él, nada ame después fuera de ti; porque tú eres toda la posesión de mi alma, tú toda su herencia, y tú sólo su única esperanza. Amén.

